Euskal Erria

FUNDADA EL 4 DE AGOSTO DE 1912

REVISTA QUINCENAL BASKONGADA DEL URUGUAY

 Año XIX | MONTEVIDEO, FEBRERO 1.° de 1931 | N.° 610 

LAS BELLEZAS DE NUESTRA TIERRA



VISTA PARCIAL DE

SAN SEBASTIAN



ADMINISTRADOR: MANUEL MUJICA | MONTEVIDEO, FEBRERO 1.º DE 1931 | AÑO XIX N.º 610

Redacción: SAN JOSÉ 1168

En vísperas de un bello acontecimiento

LAS obras de la nueva sede de «Euskal Erria» van avanzando y ésta es la hora en que podemos afirmar que ya se notan sus adelantos; nuestra sede será un centro de atracción de la familia vascongada.

Varios asociados, en estas últimas semanas, han visitado la nueva sede y se han detenido, especialmente, en la cancha, cuyas obras están casi terminadas, y cuya belleza y comodidades llamarán la atención.

Ya, en el seno de «Euskal Erria», podrá practicarse cómodamente el bello deporte de la pelota y proyectan realizarse interesantes encuentros en partidos oficiales que serán anunciados oportunamente.

Las otras dependencias de nuestra sede van perfilándose ya, y dentro de pocas semanas podremos anunciar la inauguración de nuestra casa embellecida con motivos vascos que llegarán directamente al corazón.

Es necesario ir preparándose para esa inauguración de manera que el mayor número de elementos participe de nuestro regocijo.

Pero entendemos que el mejor homenaje que puede tributarse a «Euskal Erria» es presentando un nuevo asociado que se vincule a nuestra Institución que ya tiene escritos tantos capítulos de gloria en sus 19 años de vida próspera y fecunda.

Incorporando a nuestras filas un nuevo elemento, habremos contribuido a la grandeza de «Euskal Erria» que, al inaugurar su nueva sede, lleva al alma de nuestra tierra un girón de actividad y de entusiasmos patrióticos.

Trabajemos en la incorporación de nuevos asociados de manera que, para la inauguración de nuestra nueva casa, el número de aquéllos sobrepase el millar.

Trabajemos en esta hora de grandes entusiasmos, con dedicación y energía.

Los merece nuestra entidad que avanza en forma victoriosa hacia el éxito que consagra y enaltece.

ALGO SOBRE LA HISTORIA DEL JUEGO DE PELOTA VASCA

Ganchiki Harotcha, después de haber fabricado las primeras chisteras en 1857 y 1858, abandonó Saint-Pée-surNivelle, teniendo 14 años de edad, y se fué a Helette para aprender el oficio de herrero.

Los instrumentos que él confeccionaba debían parecerse mucho al tipo de cesta que había utilizado en la sala de la casa Donamartía para lanzar la pelota cuando había inventado, por casualidad, la "chistera".

Como sucede con la mayoría de los inventos, éste sería completado y luego vulgarizado e industrializado por otros y no por su autor. Examinemos el proceso seguido por el nuevo cesto, que reproducimos, y veamos las diferentes etapas que recorre durante su transformación antes de llegar a su forma definitiva.

El primer ensayo de juego con cesta se efectuó empuñando ésta por el mango para recibir la pelota en la concavidad y devolverla luego. El mango B, como ya no tenía más razón de ser, puesto que prolongaba inútilmente el instrumento y se volvía hasta molesto, aumentando su peso, fué muy pronto suprimido.

Por otra parte, dada la anchura de la cesta, era difícil manejarla tomándola por el extremo de un mango, incómodo y resbaladizo en la mano cerrada. Más valía, para facilitar la maniobra y ofrecer una superficie de resistencia más grande, colocar la mano en el punto con los dedos bien abiertos.

Imitando a los que en esa misma época jugaban a la pelota con trozos de arcos de madera provenientes de tamices ó cernidores, los muchachos se ataban, con un pañuelo, la muñeca a la parte del cesto comprendida entre los puntos A y C. Tal es lo que nos afirma Juan Etissalde, de Ascain, que cuenta hoy 77 años de edad y que tuvo, cuando niño, una chistera primitiva de este género, construída por un sirviente de la casa Saskoenia.

Además, la madera de castaño o de nogal que se utilizaba en su forma inicial, carecía de la flexibilidad necesaria y se quebraba bastante fácilmente con el golpear de la pelota, que deterioraba muy pronto la armadura del fondo y rompía sus ramas trenzadas. Para hacer ésta más resistente, sin aumentar su liviano peso, se las revistió exteriormente, durante cierto tiempo, de un trozo de tela que la protegía y la reforzaba.

El invento realizado en Saint-Pée-sur-Nivelle, se difundió muy pronto, perfeccionándose, ya que la cesta fué utilizada en Ascain, que se encuentra a seis kilómetros de aquel pueblo, y también, como lo veremos en seguida, en Espelette, que está situada a 12 kilómetros, pero en dirección opuesta.

Es lástima que no haya sido conservado ninguno de esos primitivos ejemplares, pues así hubiéramos podido seguir, paso a paso, los sucesivos tanteos y los diversos ensayos en los que se ejercitó el espíritu inventivo de los pelotaris. Se los abandonó, sin duda, arrojados como cosas inútiles y a medida que se producía un mejoramiento en su forma o constitución.

Lo innegable es que el período de la evolución no ha sido largo. A lo sumo habrá durado cinco o seis años. La forma primitiva se parecía a la del guante de cuero intermediario: la "chistera" era ancha, poco profunda y relativamente corta.

Pero, tan pronto como le fué adaptado el "dedilero", semejante al de los guantes de cuero, para colocar la mano y facilitar su manejo, el problema quedó definitivamente resuelto: sólo faltaba poner a punto cuestiones de detalle.

Las cualidades específicas del nuevo instrumento, que han sido los mejores agentes de su vulgarización, sorprendentemente rápida, fueron éstas: flexibilidad, ligereza, largo considerable, enorme rendimiento de su poder de proyección y precio de costo muy reducido.

Al lado (B), se ve una chistera, de estructura todavía pesada y bastante tosca e inelegante aunque ya suficientemente perfeccionada para hacer olvidar la cesta originaria. Es ancha y plana, las nervaduras son de madera de avellano, las ramas partidas también, y están trenzadas formando una trama grosera. El cuadro o armario no es muy sólido, y debió haber cedido, en la época en que se le utilizaba, por la acción de los fuertes golpes de pelota; hasta que se nota en su parte izquierda que ha sido reforzada por un montante de madera más sólido, en el cual se la ha embutido formando ángulo recto.

Esta chistera que hoy se encuentra en el Museo Vasco de Bayona, había sido fabricada por un jugador de pelota de Espelette, J. Bordes.

apodado Bonetachuri, porque llevaba siempre una gorra blanca cuando figuraba en las plazas éuskaras. Me había sido dada por la mujer del citado pelotari, que ha fallecido hace algunos meses a la edad de 83 años.

Durante los primeros años que siguieron a la aparición de la chistera, ésta fué considerada como un juego de niños. Sin embargo, poco tiempo tardó en ser empleada también por los jóvenes jugadores y hasta por los pelotaris maduros, que encontraron en ella muchas ventajas. Empero, aunque ya bastante difundida, la chistera no había sido aún adoptada oficialmente en las plazas públicas para los grandes partidos.

Empezó por aparecer, tímidamente, en los trinquetees Juan Elissaldo, de Ascain, la empuñó cierto día, lo mismo que su compañero de juego, en una "pasaka" disputada en el citado pueblo, contra una fuerte pareja de Abeyto: Betti y Mattin, que calzaban guantes de cuero (de un tipo distinto al de hoy, por supuesto). Mattin y su compañero, fueron vencidos, y el primero, maravillado por los resultados obtenidos por sus adversarios, quiso comprar a Elissalde su chistera, que había sido confeccionada por un aduanero llamado Botachet.

Poco tiempo más tarde Elissalde, secundado por Matías, también de Ascain, reeditó, en el curso de una memorable partida, su hazaña contra Betti y Coutelier, ambos famosos pelotaris, que sufrieron una aplastante derrota.

Coutelier pertenecía al célebre equipo de Espelette, que hasta entonces sólo conocía el guante de cuero. El fué, pues, quien inició a sus compañeros en el uso del nuevo instrumento, y muy pronto, en 1862 — según el testimonio de Larralde, Martín y Domingo — apareció en la plaza libre de aquella ciudad, con sus "coéquipiers" Arganichta, Motté, Bagoa el Pegados y Gaichandi, empuñando todos, menos uno de ellos, la nueva chistera.

Era la primera vez que ésta figuraba oficialmente en una partida de "rebote", asegurando a quienes la emplearon una fácil y sensacional victoria contra un fuerte equipo, armado con el guante de cuero.

Esta táctica les valió, durante cierto tiempo, numerosos triunfos sobre todos los adversarios que osaron medirse con ellos. Y tanto fué así que todos los pelotaris, admirados del nuevo método de los "espeletares", cuyos éxitos eran indiscutibles, lo adoptarono, unos tras otros, hasta en Navarra y Guipúzcoa, consagrándose así, de uno modo definitivo, la superioridad de la chistera y relegando a segundo plano, sin abandonar por ello su empleo, el viejo guante que hasta entonces habían utilizado.

La chistera había vencido y desalojado al guante de cuero. Sin embargo, este último conservaba aún su razón de ser, no solamente en los trinquetes para el juego de "pasaka", sino también para el de "lachoa" y hasta para la pelota larga".

En la plaza libre se ven diez jugadores que juegan por grupos de cinco contra cinco, frente a frente. De los diez, ocho calzan chistera y los dos restantes el guante de cuero. Son "butors" o "pegadores" de cada bando, cuya misión, después de haber pegado, es detener sobre la raya que separa los campos la pelota lanzada por el adversario. Puede observarse la actitud de los jugadores, que están todos prontos para detener los tiros del bando opuesto y enviar la réplica.

A medida que el uso de la chistera se difunde, sus artesanos aumentan en número y perfeccionan sus procedimientos. Las chisteras se producen cada vez en mayor cantidad y su estructura mejora paulatinamente, tanto desde el punto del material empleado como de la armonía y elegancia de su forma. La madera de avellano, que es pesada y se vuelve quebradiza al resecarse, se sustituyó con el mimbre, más liviano, flexible y resistente; la costura del "dedilero", las nervaduras, los montantes, la trama y todos los demás detalles se hacen más esmerados y los más hábiles obreros se empeñan en elevar esta industria a la altura de un arte. Son éstos los aduaneros Betachet, Soubelet y luego Locarra y su familia, en Ascain; Senac y varios otros, en Espelette, etcétera.

Mientras tanto, los guipuzcoanos no alcanzan en el mismo grado de perfección en la fabricación de la chistera. Su forma es defectuosa y la madera empleada demasiado pesada y poco flexible. Pero los artesanos traspirenáicos van a Ascain y aprenden los secretos de la fabricación. Y cuando regresan a sus pueblos empiezan a producir en mayor abundancia, más barato y de mejor calidad y factura, logrando hacer una competencia temible a los artesanos labourdinos.

A partir de entonces, la "chistera" comienza a vulgarizarse más que el guante de cuero. Y es ya muy difícil encontrar a un joven vasco y hasta un muchacho que no posea una de ellas por lo menos.

Sin embargo, los cuidadosos guardianes de la tradición se defienden contra una innovación que consideran como un peligro. Y como no les es posible llevar una prohibición radical contra la

chistera, exige que se conserve el viejo juego de "lachoa" y de la "pelota larga", en vez de reemplazarla por el juego del "blé" contra la pared.

En la mayoría de los frontones del país vasco podía leerse, en aquella época, una inscripción en grandes letras, que cubría todo el ancho de la pared y que decía:

"Debekatua da bleka hariteet". (Queda prohibido jugar al blé).

Muy pronto, empero, la chistera triunfará también de este último obstáculo y dará origen a un nuevo juego de "blé", que adquirirá una gran popularidad.

E. BLAZY.

(De "La Prensa", de Buenos Aires, 11 de Julio de 1926).

GUIPUZCOANOS ILUSTRES

JOSE MARIA DE IPARRAGUIRRE

Entre los bardos que el país vasco ha producido, no hay ninguno que haya adquirido más popularidad ni más renombre, que el insigne Iparraguirre.

Nació en Villareal de Urrechua el 12 de Agosto de 1820. A los cinco años de edad fué llevado a la villa de Cerain al lado de un pariente, que era maestro de escuela.

Allí estuvo hasta los once años, edad en que pasó a Vitoria a estudiar latín.

Al año siguiente, sus padres se trasladaron a Madrid, a donde les siguió el joven Iparraguirre, y en la corte, por recomendación del P. Unánue, ingresó en el Colegio de San Isidro.

Pocos días después ocurrió la muerte de Fernando VII, y el futuro cantor del Arbol de Guernica, exaltado sin duda, por las conversaciones que oía en su casa, tomó la atrevida resolución, sin consultarlo con nadie, de volver a su país, y se fué a pie hasta la casa de su tío que residía en Cerain.

Este buen señor, en castigo y enmienda de semejante escapatoria, le mandó hacer examen de conciencia y le envió al Concejo de Lazcano a confesarse con un fraile carmelita conocido suyo; pero había principiado ya la guerra, y a mitad de camino Iparraguirre encontró a carlistas y liberales que se estaban batiendo, y para huir de ellos se refugió en la choza de un pastor, donde pasó la noche.

A la mañana siguiente se dirigió a San Gregorio de Alasia, donde habían pernoctado los carlistas, y sentó plaza en sus filas. Súpolo su tío, fué a buscarle y lo llevó a su casa; pero al mes volvió a escaparse y entró de voluntario en el primer batallón de Guipúzcoa, cuando apenas había cumplido trece años.

En la sangrienta acción de Arrigorriaga, recibió una herida leve en una pierna, y en el ataque del puente de Castrejana, una bala le dió en la culata de la carabina, mientras estaba apuntando, la cual le produjo una fuerte contusión en la cara.

Días antes de la batalla de Mendigorría, donde recibió una contusión en la cabeza y estuvo a punto de caer prisionero, el comandante general le nombró cadete de uno de los batallones que militaban a sus órdenes. Ocho días antes de la muerte de Sagastibeltza, fué destinado Iparraguirre a la guardia de alabarderos, cuerpo creado por Zumalacarregui.

A la terminación de la guerra, Iparraguirre, como otros muchos de los que pelearon bajo la bandera del pretendiente, marchó emigrado a Francia, sirvió allí algún tiempo, aprovechando esta ocasión para estudiar la lengua francesa y cultivar su literatura leyendo a Lamartine, Chateaubriand, Lammenais y otros ilustres escritores, y llevado de su afán de ver tierras, recorrió las principales poblaciones de la vecina nación; atravesó los Alpes, visitó Italia, cuyo idioma le fué también familiar, Suiza, Alemania e Inglaterra, haciendo en todo este tiempo la vida del errante artista.

Poeta y músico a la vez, lleno de juventud y de vida, dotado de una arrogante figura, robusta y flexible voz, y excelentes disposiciones de artista, con una pobre guitarra por única compañera de sus alegrías y fatigas, recorrió todos esos países, llamando la atención y la admiración de extraños en suelo extranjero, y dando a conocer y popularizando los cantos euskaros.

En tiempo del imperio, los republicanos franceses le hacían cantar La Marsellesa, lo cual producía gran entusiasmo, y algunas veces ocasionó riñas entre republicanos e imperialistas; de resultas de lo cual, el gobierno francés le expulsó de su terreno.

Entonces Iparraguirre dirigióse a Londres, calculando que con motivo de la exposición universal habría allí muchos españoles que podrían gustar de sus cantos.

Un día que en un concierto cantaba una canción vascongada en estilo jirolés, se le acercó el general Mazarredo, le dió un apretón de manos y le prometió interesarse con el embajador español para lograr su indulto; pues como el mismo bardo dijo, se fué al monte "sin más opinión que el amor a sus paisanos". Efectivamente, a los pocos días se le entregó un pasaporte para que pudiera volver a su patria.

Hizo la travesía de Inglaterra a España en un bergantín que estuvo a punto de perderse antes de llegar a Santoña.

Su figura, verdaderamente bíblica, su hermosa voz, la vehemencia y el sentimiento con que se expresaba, alentaban los ánimos produciendo irresistible entusiasmo en cuantos le oían. El Estado creyó que esta peregrinación podía ser peligrosa para el orden público; le hizo prender por la guardia civil y le desterró de las provincias euskaldunas.

Continuó Iparraguirre su vida de trovador; pasó a Portugal, y a los tres años volvió a su país, donde fué muy bien recibido y agasajado por todas las clases sociales, habiéndole dispensado también una cariñosa acogida el general Lersundi.

El malogrado Manterola (don José), dice acerca del patriótico canto que ha hecho inmortal Iparraguirre, del "Guernikako Arbola". "Según parece fué puesta en música (o quizá arreglada bajo la inspiración del autor de la letra) por un modesto, pero estimado compositor, don Juan José Altuna, y la mayor parte de la numerosa colonia vascongada residente en la corte, se reunió cierta noche en un café, conocido con el nombre de "Café de San Luis", que existió en la calle de la Montera, con objeto de escuchar al célebre bardo que entre otras producciones iba a cantar un nuevo zortziko suyo.

A la hora señalada, el café se hallaba completamente lleno y se aguardaba con impaciencia la presentación del artista guipuzcoano.

Poco después Iparraguirre, acompañado al piano por su paisano Altuna, daba a conocer su composición del Arbol de Guernica, que produjo verdadero entusiasmo entre los concurrentes.

El zortziko se repitió una y otra vez entre los más espontáneos bravos y aplausos. Aquella misma noche lo aprendieron de memoria todos los vascongados que asistieron a la memorable velada, y a última hora el "Gernikako Arbola" era cantado en coro por cincuenta o sesenta voces, e Iparraguirre y Altuna eran vitoriados con unánime ovación".

El efecto que esta canción produce en los vascongados es imponderable. He aquí lo que sobre esto decía don Pedro de Egaña en la sesión del Senado del 16 de Junio de 1864:

"Señores: Yo he concurrido a oir uno de esos conciertos al aire libre en aquellas montañas. Estaba anunciado que Iparraguirre cantaría la canción titulada "El Arbol de Guernica", que es el símbolo de la libertad foral. Empezó Iparraguirre el canto que voy a tomarme la molestia de leer al Senado.............. Señores: al oir estas cláusulas, aquellos hombres que habían llevado la boina de las batallas durante los seis años de guerra, que tenían un corazón valiente, les chispeaba la sangre, levantaban sus brazos en ademán altivo, jurando morir por los fueros. Creo que el Gobierno hizo bien al mandar que ese hombre saliese del país, porque a pesar de que obraba llevado de un sentimiento generoso y noble, era posible que hubiera producido tal impresión en las muchedumbres que tal vez hubiera sido preciso que interviniera la fuerza pública".

Hay en su música algo que llega al fondo del alma y le arranca lágrimas de dolor y gritos de entusiasmo. Es melancólica como el acento de la madre que acaricia al hijo cuya vida ve en peligro, pero de la madre cristiana a quien el dolor no arranca gritos de desesperación.

El día 6 de Abril de 1881, Iparraguirre dejó de existir, en el caserío "Sosabarro-chiki", jurisdicción de Gaviria.

Sus deseos se cumplieron; sus restos reposan en el sitio que designó para su tumba en una de las últimas y más sentidas composiciones que escribió de América:

"Jaunari eskatzen diyot
Graziya emateko
Lur chit maite orretan
Biziya utzitzeko."

Su villa natal, Villarreal de Urrechua, hace algunos años levantó un hermoso monumento a la memoria del inmortal cantor de las libertades euskaras, y el día de su inauguración, que resultó uno de los actos más solemnes que se han verificado en el país euskalduna durante estos últimos tiempos, el notable escritor Peña y Goñi leyó un notable discurso alusivo a tan gratísimo acontecimiento que dejó imperecedero recuerdo, siendo calurosamente felicitado el escritor donostiarra.

Y no fueron menos solemnes las fiestas del centenario celebradas hace un tiempo en Villarreal.

APUNTES VASCOS

SAN SEBASTIAN: C. A. T.

Estas tres letras — C. A. T. — dentro de un banderín triangular, blanco y azul, colores de la matrícula de San Sebastián, constituyen el emblema del Centro de Atracción y Turismo de la capital guipuzcoana.

Estampado en todos los impresos tipo o litográficos ,acompaña siempre a la propaganda oficial de Donostia, como estación veraniega.

Esta crónica, también lo lleva estampado, pero sin banderín y al desnudo, porque por grande que sea mi cariño por San Sebastián, no puedo interesarme por un aspecto, como el veraniego, que es el que menos me atrae.

El mes de agosto, culminante de "season", es abrumador. Este paludismo viandante, que le corta a uno el paso en todos los sentidos y y cada momento, me hace desfallecer.

En este mes, de saturación termométrica, febril, donde mejor me encuentro es en el agua; bastante retirado del "hormiguero" humano que no sabe nadar, y que, en parcial inmersión, toma baños de una casi hidroterapia casera, dejando flotante la capa mucilaginosa desprendida de los infinitos cuerpos sumergidos, sin enérgicas jabonaduras previas.

¡Qué placer da el alejarse de esta enorme ninfea de formación humana! Se introduce primero un brazo en enérgica palada, ayudada con un empuje de las piernas, mientras el otro brazo acompaña el avance de costado, acompasadamente; la cabeza, al salir anhelosa, entre resoplidos hidratados, mira con sus ojos de soslayo hacia la orilla, imponiendo su voluntad al cuerpo, que, una y otra vez, reconstituye los mismos movimientos. A una distancia prudencial — de lazareto — se nada ya de pecho, para descansar; puede uno permitirse el lujo de ponerse en "cuclillas" sobre el liquido salitroso, observando la superficie, tersa u ondulada; a veces con salpiqueo y cachetinas de "palomillas", recibiendo los ruidos de la playa y de la bahía, que resbalan hasta los oídos, bien lavados por el chapuceo natatorio y constante.

Es el momento limpio de preocupaciones; el instinto os sostiene a flote, y salvo el peligro de que la orza de un balandro os parta en dos, no hay nada comparable a este espaciado y libre paseo por el agua; paseo de brazos y cabezas, correcto y casto — imperativamente casto — sin ese masaje recíproco, un poco sucio, de la orilla.

Sin embargo, hay que volver; entonces, en ese regreso triunfador, no hay otro remedio que recoger el lote correspondiente de mucílago ajeno. No hay esquive posible; éste es un tributo que se paga en San Sebastián y en todas las playas de renombre. Es un mal de muchedumbre y que ésta lleva consigo siempre; tiene su equivalente en el vaho que desprende una multitud, sometida a la apretadura impuesta por la caballería, rematada de autoridad.

Hay un medio fácil, que os recomiendo, para bañaros sin contaminaciones; es muy sencillo sabiendo nadar. Alquiláis un bote y desde la popa os zambullís en medio de la bahía. Yo no lo practico casi nunca porque vivo algo retirado del embarcadero y me resigno al mucílago, con la compensación visual de los cuerpos y caras de mis compañeras en la toma de aguas, que se mojan lo suficiente para manifestarse holgadamente caritativas.

Por lo demás, este sol veraniego es capaz de proporcionarnos las calorías necesarias para esterilizar cualquier cultivo bacterial de origen bañista.

BAJO LOS TARAYES

Desde que amigo, cubaño, me llamó la atención de que lo que aquí se llama tamarindo no lo es, me dediqué a una investigación botánica, que me permite hoy denominar con un nombre más adecuado a esos arbustos talluditos, que desparraman su gracia sarmentosa y retorcida de uno a otro confín de la Concha.

Estos arbolitos, rapados cuidadosamente en la primavera, ofrecen una obra cauta a los veraneantes de mentirijilla que vienen a San Sebastián para seguir haciendo la vida de ciudad o para hacerla, precisamente, en esta única época del año, antes de recluirse en un pueblo o en una capital de tercer orden. Generalmente este público veraniego de las sillas en el paseo de las Conchas, no ve el mar; y entre la lectura de los periódicos, ellos y el chismorreo ellas... y ellos, apenas les queda tiempo de

contemplar el azul rutilante de la masa líquida.

La cobradora de las sillas les hace contribuir para la Beneficencia, lo que les proporciona la ufanía de mostrarse bienhechores de sus semejantes.

¡ PATAATAS FRI-ITAS!

Esta rubia de pelo rubio y ondulado, guapota y espléndidamente dotada de femeninos atributos que, toda vestida de blanco, paséase a lo largo de la playa, del brazo de una cesta de patatas fritas a la inglesa, fué hace años — no muchos — una de las galas donostiarras de la playa; con su talle cimbreante y una euritmia tan armónica que hacía llevar el mismo compás de su cuerpo, a los hombres, con la cabeza. Entonces no eran patatas, sino barquillos de "canela", lo que vendía.

He visto en invierno, allá en El Antiguo, a esta rubia, vender castañas calentitas, ¿cómo no? Ahora está casada y sus formas opulentas y de una madurez bien cimentada, van pregonándolo, como su voz lo hace de la mercancía que lleva en el cesto, de cuyo gracero pasa y repasa la playa entre La Perla y la rampa de Alderdi-eder.

EL MONTE URGULL

En la escenografía donostiarra de la Concha figuran dos elementos como embocadura de su decoración playera, rematando la escena por uno y otro lado. El Monte Igueldo y el Monte Urgull, con sus dos masas empinadas hacia el cielo, encuandran este paisaje marino, de postal, que lo es más que nada, porque millares de tarjetas lo han reproducido.

A pesar de todo, este aspecto artificioso y tramoyista del conjunto, cuya preparación convencional sospechan los más sagaces, encubre la verdadera enjundia que encierra el Monte Urgull, visto por dentro, en cualquier época del año; y si a cualquier receloso de engaño se le hiciera atravesar la batería de las Damas y subir a la cumbre un día de esos, en los que ni el guarda rural deja el socaire del lado sur, estoy seguro de que se reconciliaría con el naturalismo veraz y cierto de la verde prominencia.

El Monte Igueldo tiene la culpa de todas las sospechas que asaltan al forastero, respecto de la espontaneidad en la formación natural de estos elementos; torreón, de una arquitectura de cuento infantil, no se concibe como auténtico, y de esa apreciciación se salta al enjuagamiento por el mismo rasero del otro monte opuesto.

Yo conozco íntimamente a este monte, perfectamente auténtico, de formación geológica original, con escaso adobo turístico hasta la fecha.

Este Monte Urgull ha sufrido el besuqueo incesante de toda la evolución balística y belicosa desde los más remotos tiempos, con el gesto más heroico, y sin que las cicatrices numerosas hayan afectado a su integridad estructural. Pero lo que mil guerras y asaltos no han conseguido, las corrientes renovadoras y el prurito lucrativo lo irán logrando; y así un mutilamiento a cercén alrededor de su acantilado, dió vida ya a un espléndido paseo, pista de automóviles y pista — también las personas necesitan, como los "clowns" — de los pedestres paseantes.

Todavía el "restaurant" y el "dancing" no han desvirtuado su cumbre, quizá porque está demasiado cerca de la población y también porque los automóviles no pueden subir. Se ha comenzado un tanteo reformador con cierta discreción — el monte tiene amigos sinceros — recubriendo todas las veredas de "galipot"; alguna fuente rústica; algún asiento de rellano, de cierto corte silvestre... Por algo se empieza, y el "restaurant" vendrá, y el "dancing" lo mismo, y entonces, cuando estemos más ensimismados viendo los cambiantes que el crepúsculo imprime a cada lejanía, a cada montaña, en gama insospechada de tonalidades, un ruido de servicio, la conversación vacua de algún galán de "estampa", la risa agresiva de alguna niña audaz, la voz abracadabrante y solemne de algún personaje mudo, a pesar de su oratoria... cualesquiera de esos motivos y otros romperían nuestra identificación solemne, con los más trascendentales momentos de la naturaleza, para retenernos en la coldilla de la "buena sociedad" veraniega.

Hay pequeños genios arquitectónicos, traviesos y enredadores. Alguno de estos inquietos — por falta de quietud — constructores se atrevió a lanzar una "idea", más que técnica, destructora, puesto que de lo que se trataba era de disgregar, hender y alterar el Monte Urgull. Un túnel desde la parte vieja al Paseo Nuevo, y una serie de ascensores conducirían a la cima, donde un programa de atracciones justificaría esta ascensión desmesurada. Porteros de libres, unas placas de porcelana con rótu-

los... en fin, un monte convertido en rascacielos con terraza y todo.

El Monte Urgull es el último bastión del San Sebastián tradicional, que a través de una continua ocupación militar, atenta sólo a las más indispensables necesidades guerreras, no alteró para nada la auténtica fisonomía de este monte, que aun ahora resulta un poco hirsuto entre tanta melosidad como le rodea.

Al Monte Urgull debe San Sebastián sus más bellas perspectivas, y la arquitectura indefinida y un tanto híbrida que ha formado las calles de la parte nueva, aparece, entre la vibración luminosa en el fondo sombrío del atardecer, realzada en una superación espejista. Hasta la casa de la Caja de Ahorros Provincial de la Avenida adquiere un tono más moderado y limpio de estridencias.

Por las mañanas, en pleno verano, suben los rumores de toda la bahía; del muelle, de la playa, de todas partes, como una oleada sin interrupción, continua, en ascensión gigantesca. Las voces de los vendedores de "polos", "pirulís", ensaimadas, patatas..., y, sobre todo, la llegada de la prensa de Madrid, se oyen con más diafanidad que en la misma playa. También las sirenas de los vapores, y más aún que éstas, que predominan en el véspero — cuando las embarcaciones vuelven de la pesca — el martilleo incesante y acompasado de las fraguas, que han de dar vida de nuevo a los cascos durmientes que hay sobre la rampa del pequeño astillero.

En estas mañanas estivales, y lo mismo durante todo el año, en la cumbre, un grupo de "americanos" (1) en mangas de camisa, mata el tiempo jugando a la toca con monedas de a duro, hasta la hora del "amiketako".

Por las tardes, algunos "mutiles" se ejercitan en el lanzamiento de peso, con grandes piedras, de las que suministran los escombros de la fenecida fortaleza.

Desde la explanada cimera, espléndida atalaya de media provincia en sus cumbres, desciendo hasta encima casi del barrio de la Jarana, un paseo umbroso, en zig-zag tan acusado que visto desde arriba en invierno — cuando la vegetación se transparenta — semeja un rayo en caída vertiginosa y amenazante, sobre el caserío del muelle.

Hacia la mitad de esta pendiente se deriva un paseo de ronda, amenazado por árboles que se inclinan con sus penachos de ramas y hojas, y en este paseo se halla el mejor punto de observación del viejo recinto ciudadano de San Sebastián, como las torres de Santa María y Santa Teresa a la mano.

Más cosas podrían apuntarse en el emocionario del Monte Urgull, único superviviente, casi incólume, de la verdadera naturaleza donostiarra.

Desde Sancho VIII de Navarra todos los ojos soberanos han tenido que detenerse en los planos y cuestas de este baluarte de los poderíos regios. También las juntas forales, y, más aún, algunas villas vecinas, recelosas de los privilegios concedidos a San Sebastián por su categoría de plaza fuerte y bien atendida, le han prestado su atención.

San Sebastián, un poco cansada de su vida, más militar que civil — hasta el extremo de llegar sus alcaldes seguidos de los síndicos provistos de antorchas a cerrar las puertas de la plaza — nació a la vida civil con tanto brío que de un puntapié metafórico derribó las murallas y se embriagó de un prurito reformista urbano, que es llegado el momento de sofrenar con el razonamiento y la crítica decantada.

Y lo que fué una plaza fuerte y después una playa, lleva camino de ser una populosa urbe con todas las ventajas y todos los inconvenientes de la urbe moderna. Pero por encima de toda mistificación humana está la situación imponderable de formidable formación natural y el emplazamiento europeo de San Sebastián. Amén.

Antequera Azpiri.

(1) Se llama "americano" al natural del país, que ha estado en América.

AIZKOLARI

Fuerte, tersa, afilada,
vibrante de impaciencia,
el hacha da la risa de sus labios de acero
en el aire extasiado
El fornido aizkolari
sujeta entre sus manos de domador alado
el cuello prolongado de la aizkora impetuosa
que desea arrojarse
sobre el pecho robusto de los robles altivos.
Y tras de la impasible muralla de su rostro
los claros ojos sátiros del aizkolari acechan
la voluptuosidad del rudo encuentro.
Es un fuerte retoño
de la raza que cuelga su nido en la montaña
y para quien la vida es derribar obstáculos
La emoción se ha filtrado en su pecho sonoro
Con sus nervudos brazos en ojiva
levanta rumbo al cielo el hacha reluciente
que el sol llena de estrellas
y antes de descargarla
sonríe desafiando la grandeza del bosque.
Rauda, devoradora,
tenso el labio cortante
el hacha ígnea al hendirse
cauteriza la carne de los robles añejos,
y entre la lluvia de rayos
lanza una vez y otra
su mordiscolota sobre su presa
Timoneando el vuelo
que en sus fulgidos círculos va trazando el acero,
y en los ojos un fuego devorador de bosques,
mientras el aire gime
ante el látigo audaz de su dominio,
el leñador titánico
va derribando siglos
para abrir los caminos que le ocultan el mundo.
La ambición de dominio
tiene en su pecho canto de sirena
Y hiere, hiere, hiere
ignora la fatiga y se crece al obstáculo.
¡Y el placér de encontrarse
cara a cara al peligro,
el temible cancerbero del triunfo,
para cruzar su rostro
con la fusta lírica de la audacia!
Y hiere, hiere, hiere.
La saña destructora de su hacha
tiene ritmo de marcha victoriosa
Los pedazos de tronco son anillos
de sus nupcias presuntas con la gloria.
Las montañas le miran asombradas,
los blancos caseríos,
se empinan en las lomas para verlo,
y el río cruza el valle proclamando su hazaña,
mientras el fiero bosque
humilla su cabeza, dominado.

LUIS ECHAVARRI

Cómo, hace doscientos años, defendió el Padre Larramendi las danzas del tamboril

Con este nombre del tamboril entiendo el conjunto de las flautas y del tambor más corto y estrecho que el atabal, y que se acompañan juntos. Se diferencia de los tamburinos o tuntones de Francia, en Labort (Laburdi) y Baja Nabarra (Benaberre), en que aquí (Gipuzkoa) las flautas son más largas, dulces y sonoras y en que en Gipuzkoa usan de tamborcillos y en Labort (en Zuberoa) una especie de arpa con cuerdas gruesas que, heridas del palo, suenan roncamente y sin tanta bulla como nuestro tamborcillo. Más que ningún otro instrumento alegra el tamboril a los pueblos, y tiene para eso al parecer excitativo mayor, pero natural.

Véase en los niños que están en los brazos de sus madres y amas: se están quietecitos y no hacen demostración al oir otro cualquier instrumento; pero oyendo él tamboril empiezan a cimbrearse y vibrar sus bracitos, dibujándose su alegría en los ojos, labios y la carita toda. El primor y destreza con que tocan la flauta admira a los inteligentes, porque con tres agujeros solos y la mano izquierda tocan cuantos primores se oyen en las flautas dulces y travieseras con ambas manos y tantos agujeros; y si el tamborilero sabe música como tal cual se ha visto, acompaña diestramente cualquier concierto de otros instrumentos.

Los tamborileros están asalariados en los pueblos y tienen la obligación de tañer en funciones particulares de villa, ya comunes, ya extraordinarias. En días de fiesta y otros señalados deben salir a una con el sol a dar vueltas por las calles y alegrarlas, y después dar la alborada que llaman a las puertas de los cargo habientes y otros particulares de su devoción, y hecho esto se retiran hasta que se acaba todo el oficio de la iglesia; ni se permite que toquen por la tarde hasta que, acabadas las vísperas cantadas, rosario, visita de altares y otras devociones, se da fin al oficio de la iglesia y sale el pueblo de ella, y entonces vuelve el tamboril con su alegría, y si no hay quien saque una danza, toca los sones sueltos que se les antoja y en ellos danzan solas las mozuelas y chicas. Y hasta ahora no parece que hay cosa mala ni reprensible en el tamboril.

Pero me parece que oigo tronar desde los púlpitos a misioneros y otros predicadores celosos y disparar centellas y rayos contra la karrika-dantza, esku-dantza y otros nombres que tienen los bailes o danzas comunes de Gipuzkoa. ¿Es prudencia y moral corriente gritar y clamar a todo trance que no se deben permitir estas danzas, aun cuando en la prohibición y omisión de ellas se siguen mayores escándalos y daños de los que se quieren evitar? Si responden que sí, alabo el celo o entusiasmo, pero condeno el exceso y el disparate, porque es claro que por evitar un escándalo mayor puede permitirse o disimularse otro escándalo menor. Pues es claro que, desterradas las danzas del país, se siguen mayores escándalos de los que se quieren evitar y en la misma especie con que están difamadas las danzas. Díganlo los ejemplos. En algunos lugares (no nombro ninguno) los misioneros, inspirando horror a estas danzas, obligaron a todos sus oyentes a jurar públicamente que ni danzarían ni permitirían danzas de tamboril, y recurriendo al tribunal del señor obispo obtuvieron su aprobación y la confirmación del juramento. Pero al poco tiempo se les refirió su fervor, y dejando las danzas se retiraban los mozos y mozas a divertirse y a jugar, comer y beber fuera del poblado, sin testigos, y dentro del lugar, en zaguanes y otros rincones, de donde resultó el escándalo terrible de haber nacido más niños expósitos en sólo aquel año sin danzas que en muchos años antes con ellas; y fué preciso rebajarles el juramento y que volvieren a sus danzas.

El apostólico y celoso misionero don Domingo de Agirre, sacerdote virtuoso y ejemplar de Legazpia, predicó muchos años sin interrupción por todos los países vascos con grande fruto y reforma de costumbres. Hizo gran guerra en los primeros años a las danzas comunes de tamboril; pero desengañado por la experiencia de mayores males, dejó correr las danzas los últimos años de sus misiones, sin predicar más contra ellas.

El ejemplo que siguió después su compañero

don Manuel de Izquierdo, y prosiguió con gran celo las misiones en los lugares del vascuence, y le han seguido después algunos otros religiosos, jesuitas, carmelistas y ahora últimamente los celosos misioneros franciscanos de Zarauz. Y si por la razón dicha se pueden tolerar las danzas, aun suponiendo que sean malas, ¿por qué se han de desterrar si no son malas?

Ha llegado el celo de algunos a precipitarse tanto, que han predicado ser las danzas pecado, y mortal. Esta proposición en su abstracción no puede tener pruebas sólidas, pues no son tales las que una imaginación (supongo con el celo de las almas) pone en boca de algunos predicadores. ¿Dónde han leído que las danzas, de suyo, y sin más concepto ni aditamiento, sean pecado, y pecado mortal?

Las danzas, pues, aunque de suyo no son malas, sino inocentes, se hacen malas por adjuntos y circunstancias extrañas y son malas y pecaminosas; siendo así vendrán a cuenta los rayos y centellas y todas las inventivas del celo cristiano. Veamos ya qué circunstancias hacen malas a las danzas de tamboril. Pregunto: ¿las hacen malas el que dancen los hombres en la plaza? No. ¿El que dancen así las mujeres? Tampoco. ¿El que dancen hombres con mujeres? Dirán que sí y que en eso está la maldad y el escándalo. Pero así, en corro y en esa generalidad, irán muy mal, Pues, ¿acaso no pueden danzar hombres con mujeres con modestia y con decencia? ¿No pueden danzar sin otro fin que el de una diversión inocente y honesta? ¿Es imposible que dancen hombres con mujeres sin tener una intención torcida, malvada, deshonesta? ¿Quién es el temerario que se atreverá a decirlo?

Sólo nos hace falta el saber si nuestras danzas de tamboril, como hoy se hacen en Gipuzkoa, están prohibidas y por esto son malas, y si no estando prohibidas deben prohibirse. Digamos ante todo cómo están en uso. En primer término no se hacen en iglesias ni lugares sagrados. No se hacen de noche, y cesan al tocar las Aves Marías. Se hacen los días de fiesta no por la mañana, que el pueblo asiste a la iglesia a misa mayor, procesión y sermón cuando lo hay, no tampoco por la tarde, hasta que, acabadas las vísperas cantadas y otras devociones, sale el pueblo de las iglesias; y así nunca las danzas embarazan ni estorban los oficios divinos. No se hacen en cuaresma ni los primeros quince días de Pascua hasta que se cumple con la Iglesia y comunión pascual. Se hacen, pues, en la plaza pública y en las calles.

Pregunto yo si están prohibidas estas danzas tan circunstanciadas. Y me responderán los celosos que sí, pero no traerán argumento sólido que persuada, pues no lo son declamaciones de púlpito.

Pues que consta, por lo dicho, que no están prohibidas, pregunto si deben prohibirse. Me dirán que sí y que hacen mal los obispos, la provincia y las justicias en permitir tales danzas; pero dirán muy mal, sin fundamento que haga fuerza. Yo diré los que pueden tener, sin dejar ninguno. Lo primero, ¿cómo han de parecer bien danzas en público entre hombres y mujeres, entre mozos y mozas? Pero yo les digo que ¿cómo han de parecer mal no habiendo en ellas acción o cosa que las haga malas y provocativas, pues de éstas solas hablamos? No pueden ser malas porque se junten hombres y mujeres, pues de otra suerte se debieran condenar las romerías santas que hacen hombres y mujeres. Dirán que mejor fuera que no se hiciesen aún éstas, porque se hace con grande desahogo, escándalos y pecados. Pero pregunto: ¿las romerías llevan de suyo tales pecados? No. ¿Y no pueden hacerse sin ellos? Sí, aunque sean de hombres y mujeres. Pues las danzas de tamboril, aunque de hombres y mujeres, son sin indecencia y sin pecado, y de otra suerte no se permitieran ni debieran permitirse.

En las bodas ¿no hay concurrencia de hombres y mujeres? ¿Y se atreverán a condenar las bodas y decir que es pecado el permitirlas?

Dirán otra vez que deben prohibirse nuestras danzas de tamboril porque se hacen dándose las manos hombres y mujeres y se las aprietan unos a otros y además salen las mujeres más bien prendidas que nunca, esto no puede menos de ser malo y provocativo.

El apretarse las manos de propósito, si lo hacen con mala intención de provocar, es pecado mortal, como lo es también hacer una [illegible] con semejante mala intención; pero que apretárselas sin esa mala intención, sólo por bufonada, chanza y diversión, podrá ser pecado venial. Y las danzas no llevan de suyo ni inspiran esas malas intenciones, y si uno las tiene, ciento las tienen, y lo mismo digo de apretarse las manos y los dedos.

Que las mozas salgan al baile bien vestidas que nunca, ¿por qué lado será provocativo? Así van a las bodas, así van a las romerías, así van a los toros y otras fiestas; y

¿quién ha dicho que sin más ni más, el ir así vestidas es malo y provocativo? Es que van a ser vistas y que los hombres, viéndolas, se agradan de ellas. Claro está que van a ser vistas, y bien vistas, porque no van ni irían a danzar con topos y ciegos, y saliendo a la plaza pública no quieren que las tengan por cuelas, arlotas y andrajosas, y es cosa exótica pretender que no salgan entre hombres las mujeres sino con intención de desagradarles. ¿Y qué? ¡No pueda una moza ser del agrado de un mozo, sin pecado? ¿Y no puede caer un hombre en gracia de una mujer dentro de la decencia y de la modestia?

Los que deben ser castigados por el alcalde son los que, dando vueltas, haciendo cabriolas al soslayo y campanelas, no sólo rozan los guardapies a las mujeres, sino también las descubren algo las piernas. Y no les sirve de excusa que lo han hecho sin querer, pues en el caso de duda debe de zampuzarlas en la cárcel para que dancen con más reflexión y cuidado y así escarmienten otros. Deben también ser castigados los que dan encontronazos estudiados de lado o de espaldas a las mujeres, y no deben permitir los alcaldes aquel son cuya práctica, sobre ser de salvajes, es más indecente que ridícula; y al tamborilero que avisado tocare ese son y las fugas precipitadas y aquella con que se acaba la danza, meterlo luego en la cárcel, y aprenderá a tocar con sosiego y sin tocar a rebato, y se acabará la danza sin aquellas carreras de locos. Estas fugas apresuradas no tienen gusto que puedan ser tentación de lujuria ni de alguna indecencia, porque antes bien sirven para molerse y hacer pedazos con risas de los mirones; pero porque en la carrera pueden caer éstas y las otras mujeres y suceder alguna indecencia, debe prohibirse a tambori lero que toque ningún son de fuga.

Una condición con que apruebo las danzas es que se dance con pañuelos y que no se den las manos hombres y mujeres. Esta condición, aunque no necesitaría, conviene para la mayor decencia y recato para quitar aprensiones y escrúpulos cualquier impertinente; se evitan así los encuentros de hombres y mujeres y su demasiado apresuramiento, porque la mujer está holgada para huir los encuentros, y soltando el pañuelo para no seguir la carrera. Así están establecidas las danzas en Ermani desde la misión que hizo fray Martín de Bergara, con su compañero fray José de Ugarte, ambos de la religión del Carmen calzado; y no hay moza ni mozo, por pobres que sean, que entren en las danzas sin su pañuelo.

Gipuzkoa es celebrada porque lleva mozos ágiles, vivos y prontos; y prohibiéndose las danzas se los quita el medio de hacerse ágiles y prontos y se hacen amplones y pesados. Y se ve por la experiencia que desde que a impulsos de misioneros se han disminuido las danzas en los pueblos, donde antes se contaban mozos ágiles a cientos, hoy no se cuentan a dieces.

1690 - 1766. P. Manuel de Larramendi.

EL TIEMPO REINANTE EN FRANCIA

El verano ha presentado en Europa, y particularmente en Francia, un carácter singular, excepcional, y que sin duda no dejará de tener alguna influencia sobre los negocios generales y hasta sobre la política.

A causa de un invierno caprichoso, húmedo, con escasas nieves y sin los fríos de costumbre, una vegetación temprana y verdeante ha sido expuesta a una primavera sin sol y a un verano sin brillo, sin calor, abundante en lluvias, brumoso, lleno de vientos y tempestades. Puede decirse que han transcurrido muchos meses de espera de algunos hermosos días. Toda aquella parte de la población cuya suerte depende de la evolución de la naturaleza miraba el cielo, esperando la orden que regularizaría las estaciones; pero en vano: Junio, Julio, Agosto, pasaron; los prados son cortados, los pastos se pudren en tierra sin poder trasladárseles a la granja; desde Julio, los cereales pesados y altos dejan caer sus espigas. Se siega. Pero el sol no sale, niega a secar; amontonados en parvas o en haces, esperan. La lluvia, siempre la lluvia... Una especie de desesperanza se apodera de la población campesina, tanto más cuanto que una de sus grandes fuentes, la vid, está gravemente atacada por el "mildew", hijo de la humedad; alcanza a la hoja y al racimo, y destruye toda esperanza de cosecha; pocas frutas; campos en los cuales la

verdura cubre la hierba segada; las mismas patatas se pudren... Y, de repente — desde hace dos semanas — un calor tórrido: el sol pasa la esponja sobre el desaliento, las parvas elevan sobre la llanura su techo cónico: se nota que el grano no ha sufrido, al contrario es más pesado; la cosecha aparece tal cual es, abundante. Todos se apresuran al trabajo: el campo presenta un espectáculo de extraordinaria actividad, máquinas, tractores, caballos, hoces, guadañas, todo sirve; bajo el rigor de un verano súbitamente exasperado la robusta energía del campesino da cuenta de la inmensa riqueza que esperaba en la incertidumbre y en la angustia. En vez del desastre que ya descontaban las especulaciones, es, si no un buen año el que se presenta, por lo menos un año mediano en el que los precios remuneradores repararán, sin duda, las brechas de la cantidad. En una palabra, sorpresa y optimismo sucediendo a un pesimismo y a una especie de pánico.

G. HANOTAUX.

INVOCACION

Espíritu de alegría de nuestras montañas suscitador de un eco de miel exultante, risa eterna de nuestros antepasados, manantial de claror dulcisonoro; txistu, flauta vasca... ¡vivas edades sempiternas!

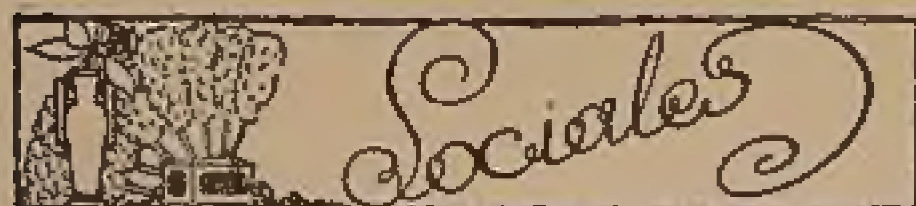
Vibrador regocijado sobre la ronquera del olifante rolandino, inyección de fuego en venas de cruzados diecinuevescos, pregón glorificado de auroras nehemíacas; txistu, flauta vasca... ¡suenes hasta el morir de las esferas!

Brazo perfumado de manzano, robusta pierna de haya, tallo dorado de boj; rítmico aventador de carnes jóvenes, soplador cancionero de gozosos aires raciales, cañuto viviente, excitativo de saltaciones gráciles y remolinos de gloria; txistu, flauta vasca... ¡respira la delicia de tu aliento en las viejas orejas de la raza!

Voz verde de selvas, mar de robles; voz rosa de cumbres nevadas ardiendo en sol; voz transparente de cascadas y torrentes, guedejas de plata en la roca gris; voz oro y marfil de cirios procesionales; voz esencia de la hermosura de nuestra tierra euskalduna; txistu, flauta vasca... ¡no apagues las llamaradas de tu cantar inebriante!

Casto danzarín, destilador de jugos músicos de dilección, línea de luz en los silencios rurales; canalillo sonante, donde corren las patrias melodías ininterrumpidas desde la edad de piedra hasta su hermana de hoy, edad del espíritu en resurrección; txistu querido, flauta vasca... ¡canta tu alegrísima salmodia al Divino forjador de ubérrimos albedríos, al que enseñó a cantar a la raza, a tu santo creador, inefable yainkoa!

El Capellán de los txistularis.



LA PROXIMA FIESTA.

Se verificará el 8 de Febrero

Anunciamos a los asociados que para el domingo 8 del corriente mes de Febrero, de las 16 a las 19 y 30, se verificará una fiesta social dedicada a los asociados y sus familias, en el Recreo de Malvín, para la que regirá un programa muy interesante.

Los asociados justificarán la entrada presentando el recibo del mes de Enero del corriente año, o bien el anual, con el carnet social o el que expide la Jefatura de Policía.

Los asociados pasarán gratos momentos concurriendo a esta fiesta.

TRISTAN AGUERRE

Hemos sido favorecidos con la grata visita de nuestro buen amigo el señor D. Tristán Aguerre, que se encuentra radicado en Buenos Aires, y que por varios ejercicios fué miembro del Consejo Directivo de "Euskal Erría".

Se encuentra bien de salud y recuerda con cariño a sus amigos, a quienes les será grato recibir noticias de tan digno asociado.

SALUDOS

Hemos recibido un atencioso saludo, desde Zarauz, del pintor vasco Flores Kaperotxipi que recuerda a "Euskal Erría" con todo cariño.

NECROLOGIAS

Noticas recibidas de la Floresta, nos hicieron saber que falleció en aquella pintoresca localidad la hermana del señor D. Miguel París y de la señora Graciana París de Sarasola.

Era la extinta un corazón abierto a los más bellos sentimientos.

Su muerte fué muy lamentada.

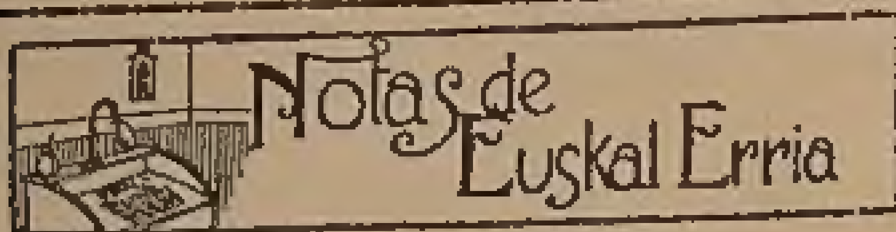
Presentamos a sus deudos el testimonio de nuestras sentidas condolencias.

VIAJEROS

Regresó de Europa don Francisco Ellees acompañado de su esposa, a quienes saludamos.

ENFERMOS

Estuvo algo enferma la señora Carolina B. de Bartaburu.



CONSEJO DIRECTIVO.

Acta N.º 714.

SESION DEL 20 DE ENERO DE 1931.

Preside D. Martín Bildosteguy.

Asisten los miembros siguientes: Julio Garra, Francisco Villanueva, Domingo Larralde, José Mariezcurrena, Juan Oyhenart, Juan Antonio Haramburu, que actuó en Secretaría y el Secretario General Arnaldo Pedro Parrabere.

—Leída, fué aprobada, firmándose, el acta de la sesión anterior, N.º 713.

—Se acordó realizar fiesta en el mes de Febrero, o sea el día 8.

—El señor Esteban Leonis, desde Punta del Este, envía un saludo al Consejo Directivo, cuya atención se agradece.

—Se autorizó el pago de $ 86,00 a Mantero y Cía.

—Penetra en la sala el Sr. Rodolfo Gorriti.

—Se dió cuenta de varios asuntos que se relacionan con la construcción de la sede central.

—Se entregarán $ 1.000,00 a Arjona y Muiño.

—Se autoriza el cambio del portón de Malvín, a la casa Zunino, en la suma de $ 60,00 a 70,00.

ACTA N.º 715

SESION DEL 27 DE ENERO DE 1931

Preside don Martín Bildosteguy.

Asisten los miembros siguientes: Esteban Leonis, Juan Oyhenart, Francisco Villanueva, Julio Garra, Domingo Larralde, Juan Antonio Haramburu, Rodolfo Gorriti, que actuó en Secretaría y el Secretario General.

—Leída fué aprobada, firmándose, el acta de la sesión anterior número 714.

—La Secretaría General presentó la lista de los préstamos ya recibidos para la construcción de la sede social, con los vencimientos de los intereses de cada cual, la que pasa a Tesorería.

—Se trataron asuntos relacionados con la construcción de la sede social, sobre lo cual se deliberó extensamente.

—Se consideró el presupuesto para la construcción de bancos con suministros de asientos y respaldos atornillados a patas de hierro fundido, en las diversas dependencias de la sede, presentado por los señores Visconti y Magnol por la suma de $ 140.00, cuyo presupuesto se aceptó. Se deja constancia de que se pidieron otros presupuestos, los que no fueron presentados.

—Se autorizó la reparación de la cocina del Recreo.

—Se autorizaron estos pagos: a la Imprenta "Agraciada", $ 2.50; a Gregorio Lecumberry, $ 2.000,00; a la Usina Eléctrica, $ 30.00.

—Excusó su inasistencia el señor Luis San Martín.

—Se autorizó a los señores Villanueva y Marizcurrena para que resuelvan el cambio de la madera de cedro por la de roble en parte de la sede social, solicitados los presupuestos correspondientes

IMP. M. IGLESIAS - ARRANIADA 1923

PORTE PAGADO

PORTE PAGADO